

Misa Dominical

Para la celebración dominical y la pastoral litúrgica

6, 13, 20 y 27 de septiembre de 2020

MD 2020 / 12

LA COMUNIÓN ESPIRITUAL

El Concilio de Trento habla de manducación *sacramental*, la del pecador; *espiritual*, la comunión por deseo (*voto*) que hace experimentar el fruto de la *fe que actúa por el amor* (Gal 5,6); y *sacramental y espiritual*, la hecha con el *vestido de boda* (Mt 22,11-12).

San Agustín, combinando Juan 6,51 y Juan 6,55, define la Eucaristía como sacramento de la unidad de la Iglesia y pasa tranquilamente del tema de la unidad de la Iglesia —un solo cuerpo— al tema de la unión de los miembros. Temas paulinos y complementarios uno del otro (cf. 1Cor 10,16-17), aunque no iguales. Agustín explica que Cristo ha instituido la Eucaristía como sacramento de la unidad. Después de la escolástica, parece evidente que *manere in* es el fruto de la Eucaristía, pero no es así como piensa Agustín: el *manere in* es la manera de comer el cuerpo de Cristo, puesto que Cristo no es un manjar material sino espiritual. ¿Y cómo se come *espiritualmente* el cuerpo de Cristo? Agustín responde que come el cuerpo de Cristo quien está en Cristo y es la *fe* la que hace estar en Cristo.

Entonces, si *manere in* es la manera de comer el cuerpo de Cristo, se sigue que *manere in* (= comer el cuerpo de Cristo) sirve para construir la unidad del cuerpo de Cristo que es la Iglesia. Quizás, después de recomendar tanto la *comunión espiritual* por vía telemática y con una oración previa, sería necesario recuperar la *comunión sacramental* para crear comunidad.

D. 23 del tiempo ordinario / A
D. 24 del tiempo ordinario / A
D. 25 del tiempo ordinario / A
D. 26 del tiempo ordinario / A



JAUME FONTBONA

UNA LITURGIA SAGRADA AL MODO HUMANO

Los Padres de la Iglesia han afirmado las dimensiones cósmicas de la Palabra de Dios, y, por lo tanto, la belleza de la Palabra de Dios proclamada. Y solo estamos hablando de los elementos esenciales de la celebración. Por tanto, es importante esta belleza de la Palabra, pero es muy importante también la belleza de la plegaria eucarística, que es un elemento fundamental de la celebración eucarística. Todo es alabanza a la Trinidad porque todo es acción de gracias.

El *Misal Romano* al comenzar la plegaria eucarística dice: «En este momento comienza el centro y la cumbre de toda la celebración, esto es, la plegaria eucarística, que ciertamente es una oración de acción de gracias y de santificación. El sacerdote invita al pueblo a elevar los corazones hacia el Señor, en oración y en acción de gracias, y lo asocia a sí mismo en la oración que él dirige en nombre de toda la comunidad a Dios Padre, por Jesucristo, en el Espíritu Santo» (ICMR 78). Es decir, humanamente celebramos, pero el corazón sube, sube, hacia el Señor; se nos manifiesta un sentido de reverencia, de silenciosa adoración en el momento más grande, cuando en la plegaria eucarística lo divino se hace corpóreo.

¿Hay algo más bello que esta Última Cena, que se hace cena prolongada

durante los siglos? Cuando nos adentramos en la plegaria eucarística, sobre todo, debemos pensar en aquella cena del Señor, en la víspera de comenzar su pasión, como dice el canon romano: «La víspera de su pasión, tomó el pan en sus santas y venerables manos y elevando los ojos al cielo hacia ti Dios Padre suyo todopoderoso, dando gracias te bendijo, lo partió y lo dio a sus discípulos diciendo: "Tomad y comed..."».

Aquí hay toda una gestualidad sacramental: las manos que toman el pan, las manos que parten el pan, las manos que dan el pan. He aquí la belleza de la liturgia: ¡las manos del sacerdote, que son las manos de Cristo! ¡Los ojos que miran en cielo, y salvan! ¡Todo está centrado en las manos del sacerdote, que representan las manos de Jesús, manos que toman el pan, manos que bendicen, que parten, que ofrecen; ojos que se fijan en el cielo! El gesto de Cristo no es de carácter estético o exterior; es un gesto cristológico. Si Cristo es el principio de la belleza, los gestos de Cristo son de máxima belleza.

Pero hay aún más. Están las manos que ungen con aceite a los enfermos, las manos que se imponen y perdonan, manos que llevan la paz, que bendicen: todos los gestos sacramentales que realizan las manos del sacer-



dote... Tres gestos de Cristo: Cristo que bendice, Cristo que levanta las manos y reza, Cristo que impone las manos.

El arte del celebrar tiene que favorecer lo sagrado en el modo humano. Si hago este gesto, se comprende que bendigo. Si impongo las manos, sé que estoy dando el Espíritu Santo. Si yo levanto las manos, estoy rezando. También las manos que rezan están levantadas. Es fundamental todo esto: ¡este es el *ars celebrandi*!

Fijémonos ahora en nuestras celebraciones eucarísticas, y seamos

conscientes sobre todo del modo de pronunciar la fórmula sacramental: «... tomó el pan, lo dio... y dijo: "Tomad y comed... Esto es mi cuerpo"».

Estas son las palabras que Cristo dijo, que continúan a lo largo de los siglos, y que reproducen aquel momento, aquella acción.

Juan Javier Flores, *La belleza de la liturgia. Contemplar la hermosura de Dios*. Biblioteca Litúrgica, 60. CPL, 2020.

Del capítulo III: «Holgarnos de la hermosura divina»

EL RETORNO DE LA MISA DOMINICAL

Una buena ocasión para renovar nuestro arte de celebrar

El confinamiento que vivimos hace unos meses con motivo de la crisis sanitaria del coronavirus, nos dio tiempo a todos para reflexionar y para escribir. Quisiera añadir estos apuntes a los que muchos otros han aportado. Son unos propósitos ahora que tenemos la alegría de volver a celebrar la Eucaristía con el Pueblo santo de Dios y será una oportunidad de oro:

1. Para intentar decir todas las plegarias dirigidas a Dios con un tono que (empapado de la unción litúrgica propia) suene humano, natural y creíble, superando las cantinelas antiguas o modernas. Nos ayuda mucho pensar que nos dirigimos a nuestra madre o a alguien muy amado (Método de autoevaluación fácil: grabar toda la misa con el móvil; cuando te escuchas a ti mismo te das cuenta de ello).

2. Para una homilía que sea una buena «asistencia» de la Palabra viva, acabada de proclamar, al corazón de cada oyente, superando la tentación de una sabia disertación sobre el coronavirus. Hacer resonar la Palabra de Dios como una compañía, un bálsamo, un consuelo y también una interpelación profética.

Predicar primero en «pasiva»: ¿de qué acción que Cristo hace aquí y ahora entre nosotros por esta Eucaristía (hablarnos, alimentarnos, libertarnos, curarnos) hemos de ser conscientes y

«activos receptores»? y después, en segundo lugar, predicar «en activa»: ¿qué tenemos que hacer nosotros al salir de esta celebración para ser bálsamo, ayuda, confort, anuncio y denuncia profética en esta crisis sanitaria, económica y social? (cf. *Evangelii gaudium* 135-159).

3. Para un puente entre la Liturgia de la Palabra y la plegaria eucarística, superando el riesgo de hacer dos partes yuxtapuestas sin comunicación. ¿Por qué no predicar algunos domingos sobre la plegaria eucarística? ¿Por qué no hacerlo un día explicando la plegaria IV y recitándola (dándola impresa o proyectándola en pantalla), destacando cómo el Espíritu continúa ahora y aquí la historia de salvación santificando el pan y el vino y haciendo presente el alimento que nos conforta y hermana?

Hacer de cada Eucaristía un acontecimiento vivo, único: el encuentro vivo con Jesucristo resucitado, resistente a todo desánimo. Por esto no es tan importante la conexión intelectual con el tema del domingo pasado o el hilo lógico de las lecturas, sino qué nos dice hoy, qué hace hoy el Señor resucitado en su Pueblo para dinamizarlo en salida en este tiempo crítico.

XAVIER MORLANS
Presbítero de Barcelona, profesor de la facultad de Teología de Cataluña



EL SACRAMENTO DEL ORDEN

DON DE DIOS AL SERVICIO DE LA COMUNIÓN Y DE LA UNIDAD EN LA FE

El sacramento del orden es un don de Dios a su Iglesia. Y se llama así porque quienes reciben este sacramento están integrados en un *ordo* (CIC 1537) por medio de la ordenación (*ordinatio*). Aunque también todos los cristianos por los sacramentos de la *Iniciación cristiana* están integrados en un *ordo*, el de la *comunidad sacerdotal* (cf. 1Pe 2,5.9).

Todas las personas bautizadas caminamos juntas, y ello define el carácter *sinodal* de cada Iglesia local y de toda la Iglesia de Dios, fruto del hecho de ser una *comunidad*. Y en el seno de la *comunidad sacerdotal* surge el ministerio apostólico, que está a su servicio. Aparece como don del Espíritu en la Iglesia. Y el Espíritu concede este don (1Tim 4,14) para el servicio de la comunión y de la unidad en la fe del Cuerpo de Cristo, la Iglesia.

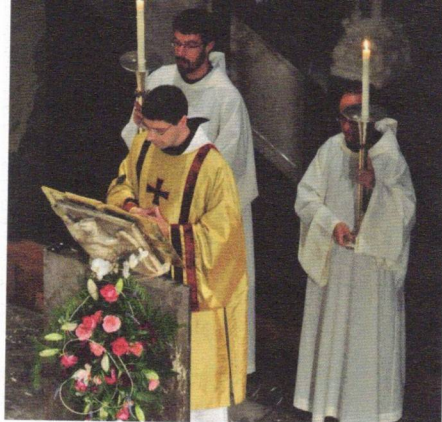
En el seno del único sacramento del orden, el Espíritu suscita la diversidad: obispo, presbíteros y diáconos. Diversidad determinada por el don recibido en la ordenación y por su origen apostólico. Don recibido del Señor resucitado que los Apóstoles han transmitido a sus colaboradores y sucesores: o bien en su plenitud, a los que son denominados *obispos*; o bien, bajo particulares aspectos, a quienes después han sido denominados *presbíteros* o *diáconos*.



EL OBISPO

El *obispo*, por la ordenación episcopal, es constituido miembro del único episcopado y *principio y fundamento visible de unidad* de su Iglesia local, por eso preside la Eucaristía en su diócesis. Es responsable, ante Dios y el resto del episcopado, que la Eucaristía sea el corazón de la vida de su Iglesia. Cuando es ordenado, se pide que Dios Padre le conceda el *Espíritu que da autoridad para regir y santificar*, el mismo que dio a su Hijo amado, y que Jesucristo dio a los Apóstoles. Una autoridad para servir la comunión y la unidad de la fe.

También se piden para el ordenado de obispo los dones que caracterizan el ejercicio episcopal desde el final del siglo II: el don de la gracia pastoral; el don de la plenitud del sacerdocio, para presidir la intercesión de su Iglesia y, sobre todo, la Eucaristía; el don de perdonar los pecados; el don de discernir y distribuir los diversos ministerios y oficios; el don de ligar y desligar cualquier vínculo; el don de ofrecer toda su existencia y misión a Dios Padre.



diáconos el don de imitar a Cristo en el servicio. En los ritos complementarios de la ordenación diaconal, el hecho de recibir el libro de los evangelios destaca el oficio diaconal de proclamar el Evangelio en las celebraciones litúrgicas y de predicar de palabra y obra la fe de la Iglesia.

Este ministerio se concreta en el servicio al obispo (en la celebración y en otras ayudas) y en el servicio a los pobres. Por lo que atañe a la liturgia, el diácono no puede presidir la Eucaristía ni conferir el perdón ni la Unción de los enfermos, pero sí que puede celebrar bautismos y matrimonios.

El servicio solidario (*la diaconía de la caridad*) especifica y estructura el ejercicio del servicio de la Palabra y del servicio litúrgico. Así pues, la especificidad del diaconado recae en hacer presente y vivo el servicio de amor de Cristo a la humanidad, que es el mismo Evangelio, dirigido preferentemente a los pobres (Lc 4,18).

LOS TRES RASGOS COMUNES

El único sacramento del orden tiene tres rasgos constitutivos: el *personal*, el *colegial* y el *sinodal*. El *personal* es el don recibido en la ordenación, un don para una misión y que le otorga una identidad personal, la propia de obispo, de presbítero o de diácono. El *colegial* expresa el vínculo sacramental entre quienes forman parte de aquel orden. Y el *sinodal* caracteriza el caminar juntos con la comunidad sacerdotal, con la Iglesia local de una manera organizada o estructurada.

En otras palabras, todo ordenado forma parte de la comunidad de los fieles bautizados por los sacramentos de la iniciación cristiana y no puede prescindir de ella, porque está vinculado sacramentalmente. En palabras del Concilio Vaticano II:

Con todos los regenerados en la fuente del bautismo los presbíteros son hermanos entre los hermanos (*fratres inter fratres*), puesto que son miembros de un mismo Cuerpo de Cristo, cuya edificación se exige a todos (*Presbyterorum ordinis* 9).

Oración del Papa para el año especial por el cuidado de la creación

El papa Francisco anunció el domingo 24 de mayo que la Iglesia dedicará un año especial para reflexionar sobre la encíclica *Laudato si'* y sobre el cuidado de la creación, coincidiendo con el quinto aniversario de su publicación. Con esta iniciativa el Papa invita a «todas las personas de buena voluntad a unirse, para cuidar de nuestra casa común y de nuestros hermanos y hermanas más frágiles». Esta es la oración que él mismo propuso para este año:

Dios amoroso,
Creador del cielo, de la tierra y de todo lo que hay en ella.
Abre nuestras mentes y toca nuestros corazones,
para que podamos ser parte de la creación, tu regalo.

Hazte presente con los necesitados en estos tiempos difíciles,
especialmente para los más pobres y más vulnerables.
Ayúdanos a mostrar una solidaridad creativa para hacer frente
a las consecuencias de esta pandemia mundial.

Haznos valientes para abrazar los cambios
dirigidos a la búsqueda del bien común.
Ahora más que nunca, que podemos sentir
que todos estamos interconectados e interdependientes.
Haz de tal modo que logremos escuchar y responder
al grito de la tierra y al grito de los pobres.

Que los sufrimientos actuales puedan ser los dolores de parto
de un mundo más fraternal y sostenible.
Bajo la mirada amorosa de María Auxiliadora,
te lo pedimos por Cristo Nuestro Señor.

Amén.



50 AÑOS, VERANO TRAS VERANO

Hace relativamente pocos meses nos hacíamos eco de una publicación, *Quatre salms responsorials* (Cuatro salmos responsoriales), del P. Gregori Estrada (monje de Montserrat, fallecido en 2015), promovida por los cursos que cada verano se organizan en Montserrat, abiertos a responsables de dirigir los cantos de las celebraciones litúrgicas.

Precisamente, estos cursos han llegado a los 50 años de edad. Y vale la pena hablar un poco de ellos. Que una actividad llegue a la cincuentena significa que por ella ha pasado más de una generación de personas de diferentes edades y procedencias. En su inicio vinieron a sustituir los cursos de canto gregoriano y liturgia que los monjes de Montserrat David Pujol y Adalbert Franquesa habían iniciado en el Seminario de Vergara (Vitoria-Gasteiz), durante los años que estuvieron allí refugiados a causa de la guerra civil de 1936, y retomados en Montserrat al finalizar la contienda. En 1965, estos cursos se dedicaron al canto en lengua popular, sobre todo en castellano. Pero la falta de interés llevó a su extinción; y dio paso a una nueva iniciativa de difusión musical y litúrgica: las «Trobades d'Animadors de Cant per a la Litúrgia» (encuentros de animadores de canto para la liturgia).

El encargo recayó sobre otro monje de la casa, el P. Gregori Estrada, quien, junto a la primera comisión organizadora, pensaron en algo más popular que unos cursos para directores del canto: serían unos encuentros que promovieran el canto para la liturgia en catalán a tra-

vés del contacto personal de los «animadores» responsables de la música en las diferentes comunidades parroquiales y religiosas. Por un lado, se quería presentar y debatir un repertorio que, en esos momentos iniciales, se encontraba en pleno proceso creativo; y por otro se vio la conveniencia de ofrecer una experimentación práctica, a la vez que unos conocimientos básicos de carácter musical, pedagógico y litúrgico. Montserrat proporcionaba el ambiente adecuado para estos encuentros, tanto por la disponibilidad de su hospedería como por la acogida en la oración de la comunidad monástica.

Cincuenta años más tarde, el espíritu de las «Trobades» sigue vivo. La formación musical de los participantes más jóvenes ha aumentado; y se aprende más a dirigir los cantos, que a «animarlos». En estos cursos, han encontrado un espacio de crecimiento humano y cristiano miles de hombres y mujeres responsables de dirigir el canto de la asamblea en la liturgia de sus comunidades; y de ellos también han surgido grupos musicales, corales e incluso escuelas de música. Buena prueba de ello son los diferentes encuentros generales que se han celebrado cada año en otoño en numerosas parroquias de las iglesias diocesanas del ámbito lingüístico catalán. Compartamos, pues, la acción de gracias por este jubileo: no solo por lo que ha supuesto para tantos participantes, como por el tesón y la dedicación de organizadores, profesores y asistentes.

JORDI GUARDIA



¡Reverendo,
vaya modales!

Del libro de Mario
Delpini, arzobispo de
Milán, *Reverendo che
maniere!*

Quomodo participes fideles ministrorum laboris esse possint. La colaboración de los laicos

Cuando pienso en el trabajo que llevan a término los sagrados ministros de esta Iglesia, quedo a menudo muy admirado: realmente trabajáis mucho y con celo admirable. [...] A veces, sin embargo, me parece que el trabajo es excesivo: no debéis haceros cargo de todo, solo de lo relacionado con la misión que os ha sido confiada. Algunos sacerdotes se resisten a encontrar y a solicitar la colaboración de los cristianos y dicen que sus fieles no están preparados, no son de confianza, son inconstantes y susceptibles, carecen de una visión global de las cosas y les falta sensibilidad eclesial: por esto todo «toca» al cura. Me da la impresión, sin embargo, que a veces estas lamentaciones son poco generosas e injustas, y sospecho que quizás son pretextos.

En realidad es necesario que ser cristiano comprenda por sí mismo compartir vida y tareas, la responsabilidad de una comunidad cristiana, no solo para las cosas prácticas, sino también, y todavía más, para el servicio de la fe.

Tampoco la elección de los colaboradores y la participación en las responsabilidades no pueden hacerse sin prudencia. Velad para que las personas que compartan vuestro esfuerzo

en guiar la comunidad estén movidas por un verdadero espíritu de servicio, por una lúcida mentalidad de fe y que cuenten con la estima de sus hermanos.



Velad también para que el grupo de colaboradores no acabe por ser tan estable y vinculante que os impida ver al resto de la comunidad, percibir su estado de ánimo, encontrar directamente a las personas que quieran hablarlos. Habiendo escogido servir al Señor, no os convirtáis en servidores de nadie más. El servicio que un cristiano hace a su comunidad debe ser útil a la comunidad y no a su deseo de protagonismo: es mejor invitar a quien se retrae por modestia y discreción, a pesar de ser experto y de confianza, que dejarse convencer por quien se postula de forma invasiva y con presunción.

Si buscáis cristianos que puedan compartir vuestras responsabilidades, tal vez no encontréis a muchos, puede que sea difícil y que cosechéis alguna decepción. En cualquier caso dad gracias al Señor por aquellos que encontréis disponibles y cuidad que maduren en la fe; que no actúen por intereses personales y que no transmitan a la comunidad cristiana criterios en provecho propio o hábitos incorrectos.

UN NUEVO COMIENZO

La situación creada a causa de la pandemia *coronavirus* sigue estremeciendo nuestra vida y sigue planteándonos no pocas preguntas. Pocas familias se han librado de tener a alguno de sus miembros enfermo en casa u hospitalizado, el largo confinamiento vivido encerrados en un piso, el luto, la soledad de los enfermos en los hospitales, la ansiedad y el temor por no hallar un refugio seguro ante un enemigo invisible... Las certezas del progreso científico al que habíamos confiado nuestra suerte se han desvanecido. Los sistemas políticos y económicos que parecían garantizar bienestar y seguridad se han tambaleado gravemente. La cultura de los derechos reales y presuntos ha cedido, sin rechistar, a cambio de una pretendida seguridad. La relación con los demás se ha visto marcada por el temor y la sospecha ante un posible contagio. Nos hemos visto reclusos en espacios «estrechos», pensados más para dormir que para vivir. No podemos esconderlo: nuestras seguridades han dejado al descubierto toda su fragilidad. El miedo a la muerte y al mal nos ha puesto ante interrogantes ¡que ya no estábamos acostumbrados a afrontar! En semejante situación, los creyentes hemos de ayudar a leer y vivir con madurez lo que está sucediendo, debemos dar motivos serios para esperar, tenemos que abrir nuevos y diversos horizontes, evitando discursos

dulzarrones e insoportables discursos «de oficio». Redescubrir el fundamento de la esperanza, de una vida que va más allá de la muerte, la fe en la resurrección: argumentos que habíamos descuidado y que no deberían ya crearnos problema. La experiencia de tanto tiempo pasado juntos, y «estrechamente» juntos, nos confirma que la familia es el único lugar en el que cada uno puede sentirse acogido y amado por lo que es. Los sufrimientos que nos han afligido, y que todavía lo siguen haciendo, son una imprevista pero real escuela de humanidad. Así, nada será como antes.

Septiembre es tiempo de volver a empezar, de nuevos proyectos... Ante nosotros, el desafío de tomar conciencia de nuestras fragilidades, la responsabilidad de no echar en saco roto las enseñanzas de esta trágica experiencia y mirar el futuro con ojos nuevos, proyectar nuestra convivencia social promoviendo cambios radicales y eficaces. El futuro está en gran parte en nuestras manos, depende también de nosotros...

Si este «mal común» nos ha hecho redescubrir el «bien común», si la humanidad ha crecido en la conciencia de que «todo nos concierne a todos», entonces el nuevo comienzo no solo es posible y deseable, sino un compromiso para trazar nuevos horizontes.

LINO EMILIO DíEZ VALLADARES

Centre de Pastoral Litúrgica

☎ Nàpols 346, 1 - 08025 Barcelona
☎ 933 022 235 ☎ cpl@cpl.es - www.cpl.es
wa +34 619 741 047

Director de la publicación: Xavier Aymerich

Año LII

Subscripción anual: 83,00 €

Precio de cada ejemplar: 5,20 €

Imprenta: Agpograf

ISSN 1887-8202 / D.L.: B.18.369-1975